



Aproximación al personaje del anciano en la literatura infantil y juvenil española contemporánea (Algunos ejemplos)

Anabel Sáiz Ripoll

La vejez, la ancianidad, la tercera edad son términos más o menos afortunados para designar el último periodo en la vida del ser humano. No obstante, esa certeza no tiene por qué conllevar aspectos negativos de tristeza o desazón ya que, hoy en día, con el avance espectacular de la medicina, tras la jubilación, la expectativa de vida es amplia y quedan muchas cosas que hacer y muchos proyectos que llevar a cabo. La vejez ha de ser una época vivida con dignidad y plenitud y la sociedad, por supuesto, tiene mucho que decir al respecto porque parece que nos olvidamos de nuestros mayores y los relegamos al olvido, instalándolos fuera de casa, abandonándolos a la soledad y a la tristeza y, en definitiva, rechazando la realidad de que todos habríamos de llegar a esa edad. Sin embargo, no siempre ha sido así y en la antigüedad el consejo de los ancianos era apreciado; es más, los ancianos podían regir los destinos políticos de una ciudad porque eran los que más habían vivido, los que tenían más experiencia de la vida. Hoy, en ciertas tribus o culturas mal llamadas primitivas, se observa que el anciano sigue gozando de prestigio.

El objetivo de esta comunicación es evidenciar que, en la literatura, el anciano ha tenido desde siempre un papel y me gustaría repasarlo brevemente para reflexionar sobre ello. Evidentemente, obvio es advertirlo, no tratamos de ser exhaustivos, sino sólo ofrecer algunos títulos y obras con el ánimo de despertar la curiosidad y animar a los futuros lectores y lectoras a investigar por su cuenta.

Si repasamos la literatura española, en general, podríamos mencionar, sólo a modo de ejemplo, algunas obras protagonizadas por ancianos:

- Cervantes escoge, precisamente a un anciano, Don Alonso de Quijano para llevar a cabo la aventura más hermosa e ideal que nunca ser humano haya realizado, que no es otra que la que se narra en *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*.
- Leandro Fernández de Moratín no deja en muy buen lugar a algunos ancianos, hombres, aunque lo hace con intención social. Así en *El viejo y la niña* critica los matrimonios de conveniencia, desiguales.
- José de Espronceda rechaza la vejez –no olvidemos que es la época del Romanticismo– y en *El Diablo Mundo* escribe acerca de un anciano que se convierte en joven enérgico y fuerte.
- Benito Pérez Galdós en *Tristana* nos habla del viejo cínico don Lope que quiere seducir a Tristana, y en *El abuelo* se centra en la figura de un viejo hidalgo venido a menos que acaba dejando las conveniencias a un lado en favor del amor y el afecto.
- Ramón del Valle-Inclán, en una de las sonatas, *La sonata de invierno*, sitúa el declinar biológico de su alter ego, el marqués de Bradomín, y en *Luces de bohemia*, como ya es sabido, recrea el final desgraciado y triste de Max Estrella, el anciano poeta ciego clarividente.
- Carmen Laforet, más cercana en el tiempo, escoge a la abuela en *Nada* como el personaje que intenta recomponer los pedazos destrozados de su casa.





- Miguel Delibes en *La hoja roja*, por poner sólo un ejemplo, critica la penosa situación de un jubilado sin recursos.
- José Luis Sampedro, en *La sonrisa etrusca*, realiza un homenaje brillante y tierno a la ancianidad. Recordemos que él mismo empezó a publicar con cierta edad y que es una mente privilegiada y siempre sorprendente como ha ocurrido con El amante lesbiano.

El anciano en la literatura infantil y juvenil

La literatura infantil y juvenil puede y debe ofrecer a sus lectores personajes distintos, ricos y variados para ayudar a situarlos en su mundo, en un entorno real. Así, la figura del anciano, presente como acabamos de ver en la literatura en general, aparece en algunos de los títulos de nuestros mejores autores actuales de literatura infantil y juvenil. A menudo, muestran que ancianos y jóvenes o niños están más unidos de lo que pudiera parecer a simple vista porque ambos, por distintas causas, se sienten, de alguna manera, relagados y olvidados. Por eso, ya lo veremos, no es infrecuente que se den alianzas entre niños y ancianos, entre jóvenes y ancianos.

Concretamente nos centramos, en un intento de que no se nos desborde esta aportación, en la obra de algunos de los autores que hemos ido trabajando en distintos artículos y estudios y que conocemos mejor. Son: Alfredo Gómez Cerdá, Jordi Sierra y Fabra, Concha López Narváez, Pilar Mateos, Mercedes Neuschäfer-Carlón, Juan Farias y Elvira Lindo.

El abuelo

En la actualidad se acude a los abuelos, con bastante frecuencia, para que cuiden de sus nietos porque los padres trabajan o por cualquier otro motivo. En *El cuento interrumpido* (1983), de Pilar Mateos, Virilo, un viejo pastor analfabeto de más de 70 años, deja su pueblo, en el que ha vivido toda la vida, para ir a casa de su hija y ayudarla en la crianza de Nicolás, el nieto. Pues bien, la alianza que parecía imposible entre un niño y un anciano, que prácticamente no se conocían, acaba dándose. Entre Virilo y Nicolás, día a día, va fraguándose una relación afectiva basada en el cariño y el respeto.

En el libro se hace hincapié en una serie de valores fundamentales como pueden ser la lectura, la invención de mundos nuevos, el afán de superación por parte del abuelo y del propio niño. Pilar Mateos, al respecto, comenta: “Cuando Virilo, el abuelo, se aparta del modelo masculino de comportamiento es a la hora de integrarse en el cuento, de meterse de cabeza en el mundo de la fantasía, que es un territorio de mujeres y de niños. Probablemente entra en él por amor a su nieto, por un sentimiento de justicia, por ayudar al niño del cuento, por el placer de la acción; pero no hay que desdeñar la gratificación que conlleva para su ego verse retratado en la noble figura del sabio y la ingenua vanidad que eso le produce, como un rasgo típicamente masculino” (1).

Concha López Narváez, en *El amigo oculto y los espíritus de la tarde* (Premio Lazarillo, 1985) nos ofrece una historia llena de poesía y lirismo, ejemplo de buena literatura destinada a los niños. Miguel y su abuelo viven en un pueblo abandonado y el abuelo muere un mal día, al inicio del libro, y es entonces cuando el relato se tiñe de emoción y de ternura. Carcueña es un pueblo sin vida y Miguel se queda totalmente solo, aunque, inculcado por el amor de su abuelo, por lo que aprendió de él, por su fuerza, por sus buenos consejos, decide quedarse en el pueblo con sus animales, sus recuerdos. Gracias a la





memoria, precisamente, el pueblo sigue en pie. La narración está contada en primera persona, con lo que gana en matices y en lirismo porque no dejamos nunca de lado a Miguel. Es él quien nos describe el paisaje, los animales, la vida del campo que brota por doquier y esto es así porque el abuelo sembró en el niño un germen que le permite llegar a la adolescencia sin rendirse.

En *La tierra del sol y la luna* (1984), de Concha López Narváez también, novela histórica bellísima, es el abuelo, Diego Díaz, quien ejerce su papel de cronista. Él es la memoria de los hechos pasados y del dolor, de lo que fue y que, por desgracia, volverá a ser, ya que se nos narra la persecución de los moriscos. Dice la autora, refiriéndose a este personaje: “Especial importancia tiene para mí la figura del abuelo. No sólo porque a un anciano se le perdonan con mayor facilidad sentimentalismos y consejos, sino porque me permite, por medio de los recuerdos, trasladar la acción al momento de la conquista de Granada” (2).

En *Nieve de julio* (1987), también de la misma autora, escrito en primera persona, nos habla de Teresa, una niña de 11 años, que no tiene muchas ganas de pasar las vacaciones en el campo y encima en casa de su tío-abuelo Pop, un octogenario. Pues bien, gracias a Pop, que le enseña la belleza de las tierras andaluzas, la hermosura de los olivos, de los naranjos, de la vida en el campo, Teresa quiere crecer para hacerse cargo de la casa y que no se pierda cuando Pop no esté.

Otra obra de Concha López Narváez, *Un puñado de miedos* (1988) se centra en Quique, de diez años, que va a pasar las vacaciones a casa de la abuela, a la que quiere con pasión; sin embargo, surgen una serie de miedos que lo hacen temeroso y cobarde. Quique, gracias a la abuela, aprende a superar esos miedos porque ella también los tuvo y le cuenta que eso es normal, que les ocurre a todos los niños.

Jordi Sierra i Fabra también escribe sobre abuelos especiales. Para este autor, de amplia obra, el anciano, en general, es una presencia recurrente. Es quien aporta cordura, un punto de serenidad, la experiencia, quien pone las cosas en su sitio y quien, en suma, sabe ver más allá que los demás porque ha vivido más. El abuelo de Godar, Badur, en *Aydin* (1994) reflexiona para que su nieto entienda que la ballena varada en las playas del pueblo no pertenece a nadie. Badur habla con su nieto de la libertad a que tienen derecho todas las criaturas y reflexiona con él para que lo entienda. Valentí, el abuelo de Óscar en *Temps de gebre* (1991), enseña a su nieto, criado en la ciudad, el valor de las cosas sencillas y elementales de la existencia. El abuelo que aparece en *Kaopi* (1990) no quiere que su nieto pierda las esperanzas al ser uno de los últimos supervivientes de una etnia casi al límite de la extinción e, incluso ya muerto, sigue estimulando al nieto para que no se rinda y no sucumba ante un mundo hostil.

Juan Farias, otro autor de reconocido prestigio, suele acercarse a la figura del abuelo que es quien conserva la memoria y el recuerdo intactos, facultades de suma importancia para que no llegue el olvido. Y lo hace forma placentera y sobria, como es su estilo En *Un cesto lleno de palabras* (2000), el abuelo de Pedro le regala un cesto de palabras que guarda en la imprenta en la que trabaja. El abuelo aconseja al niño y le permite descubrir que las palabras tienen vida, son reales. *Los caminos de la luna* (1997) es la historia sencilla de un abuelo que le cuenta cosas a su nieta, que pasea con ella, que la lleva de la mano y la conduce al pasado, a su memoria para que la niña sepa quién es y de dónde viene y aprenda a vivir y a soñar. *Por donde pasan las ballenas* (1997) es también la narración de un abuelo que tiene un nieto al que quiere con ternura y por el que renuncia a lo que haga falta. El abuelo, por el nieto, comete travesuras y se expone a que lo regañen los mayores. Vive con su hija y su yerno –como sucede en caso todos los abuelos retratados por Farias– y emplea también la memoria y la experiencia para ayudar a su



nieto. Para el niño, la palabra del abuelo es enseñanza y no la desdén porque, como bien dice, “El abuelo sabe de esto, que para eso es abuelo y el vivir enseña”. En el recuerdo de un anciano se concentra toda la experiencia de la vida, todo el porvenir y la nobleza que intenta transmitir a los niños que son los que aún saben escuchar. Así, en *La infancia de Martín Piñeiro* (1994), es el abuelo que vive con su hija el que recuerda, pero a Martín le gustaría tener grandes historias que contar a su nieto Nicolás, pero no puede competir con las modernidades (Superman, la televisión...). Jacobo, en *La isla de Jacobo* (1990), es el niño que gracias al abuelo aún tendrá una herencia, aunque le toque vivir en un mundo distinto, industrializado. Hay un cuento precioso en *Algunos niños, tres perros y más cosas* (1981) titulado “La memoria del catalejo” en la que Juan Farias habla de la historia de amor de los abuelos del narrador, una historia llena de ternura y respeto.

La abuela Jacinta, en *Con los ojos cerrados* (1997), de Alfredo Gómez Cerdá, muere al principio de la novela; pero en su nieta, Ana, también ha dejado la huella de su espíritu enérgico y valiente. Jacinta es una mujer sabia y refranera. Su muerte hace que Ana, con 11 años, tenga su primera experiencia de que la vida tiene un final. Y Ana siempre echará de menos a los abuelos, a Jacinta y al abuelo que murió de pena, porque ya no están. De los abuelos maternos que, afortunadamente sí viven, ella habla también con respeto y admiración hacia su vitalidad y entusiasmo por la vida.

Si hay un abuelo entrañable y conocido por todos los niños lectores es don Nicolás, el superabuelo de Manolito Gafotas. Con Don Nicolás, sin que la edad sea obstáculo, Manolito establece una relación de camaradería, de afecto y de cariño correspondido. Para Manolito el abuelo es el que más sabe, es quien le enseña canciones antiguas, quien duerme con él, quien le cuenta cosas y lo saca de algunos problemas porque el abuelo sabe cosas de su madre y la desmitifica continuamente, porque el abuelo tiene amigos y conoce muchas estrategias, porque al abuelo nadie lo amilana. Don Nicolás es simpático y se emociona con cualquier cosa, pero Manolito se lo perdona porque es su abuelo. Encontraríamos muchos ejemplos en los distintos títulos escritos por Elvira Lindo de ese afecto y esa complicidad –*Manolito Gafotas* (1994), *Pobre Manolito* (1996), *¡Cómo molo!* (1996), *Los trapos sucios de Manolito Gafotas* (1997), *Manolito on the road* (1998) y *Yo y el Imbécil* (1999). Al principio, el abuelo es “Superpróstata”; pero en *Yo y el imbécil* (1999) deja de serlo porque ahí es cuando lo operan y sus dos nietos lo pasan fatal porque no quieren ni oírle decir eso de “El día que yo falte”. En definitiva: Manolito admira a su abuelo, dice que “mola”, le enseña cosas prácticas, lo protege; aunque el abuelo tiene limitaciones y es bueno que Manolito lo sepa y lo acepte como algo natural de la vida (ronca, a veces olvida las cosas, lleva dentadura postiza, tiene achaques...); pero Manolito quiere a su abuelo y le duele que le hable del día en que no esté y lo pasa mal cuando lo van a operar y se lamenta de que esté triste.

Viejos sabios de cualquier cultura

En distintos títulos encontramos ancianos que tienen una misión importante: son la voz del pasado, la experiencia, son la sabiduría, el pasado, el recuerdo de lo que no debe hacerse, el aviso para generaciones venideras. Jordi Sierra i Fabra suele aludir al anciano como punto de referencia en sus novelas. Suele ser un hombre sabio, que ha vivido mucho y que ve más allá de las limitaciones de nuestros pobres ojos. En *El último verano miwok* (1987), Tortuga Veloz es el viejo indio que no ha olvidado sus orígenes y que los atesora con mimo y auténtica devoción y que ejerce como voz cuerda y potente para advertir sobre peligros, aunque, por desgracia, no siempre le hacen caso. Hari, en *Los tigres del valle* (1994) es el único que se da cuenta de lo terrible que será exterminar a todos los tigres y las





consecuencias que ello traerá para el pueblo y su equilibrio ecológico. En *La música del viento* (1998), un sadhu, un santón hindú, aporta el equilibrio necesario en el personaje para que actúe y haga lo que tiene que hacer, sin dudas. Ammed en *Noche de luna en el estrecho* (1996) ayuda al joven Habib que quiere dejar el poblado y buscar una nueva vida, señalándole, con equidad, los peligros que corre. Tobías, el viejo mendigo violinista de *Concierto en Sol Mayor* (1997) es esencial para el desarrollo de la novela porque, gracias a él, Daniel, el pequeño niño superdotado, tiranizado por una madre exigente, aprende a encontrar el equilibrio en su caótica vida.

Concha López Narváez en *Endrina y el secreto del peregrino* (1987), escoge a Guillaume de Gaurin como el personaje que engarza la historia. Se trata de un anciano peregrino que quiere resguardar su personalidad porque va a Compostela, precisamente, para pedir perdón por los pecados cometidos. Seguramente sea un trasunto de Guillermo X de Aquitania que murió el viernes santo de 1137 en Santiago. Los ancianos médicos de *El tiempo y la promesa* (1990), de la misma autora, deciden quedarse en Vitoria, pese a que son judíos y están siendo expulsados, para cuidar de los enfermos en la epidemia de peste, anteponiendo los intereses de la comunidad, de la que son marginados, a los suyos propios.

Vemos que, en distintas culturas, el anciano tiene la misión de ser el transmisor del pasado. Siguiendo con Concha López Narváez, en *Tinka* (1998), Watawe es quien cuenta las historias a los chicos del poblado y quien les despierta la imaginación y el gusto por las aventuras. Y en *El fuego de los pastores* (1987), es el viejo rabadán el que ejerce de cuentacuentos, el que impide que se pierda la memoria y que todo caiga en el olvido.

El viejo marinero Ismael, en *Ismael, que fue marinero* (2000), de Juan Farias, vive retirado en Miradonde y es el único que ofrece una amistad desinteresada al narrador, un joven, de buena familia, que anda desorientado. Ismael, para este muchacho que ya es anciano cuando nos lo cuenta, fue un pilar básico en la vida por sus palabras, sus aventuras y por la admiración que en él despertaba su vida distinta a lo convencional.

El anciano Sr. Baumann, en *Antonio en el país del silencio* (1988), de Mercedes Neuschäfer-Carlón, es una especie de abuelo adoptivo para Antonio al que ayuda a superar los problemas, que le despierta la imaginación y le da un afecto sin límites.

La reivindicación de la vejez

Pedro el joven, en *El caminero* (1994), de Pilar Mateos, es un viejo maltratado por la vida, que vive muy solo, con su rebaño, que no tiene a nadie en el mundo; sin embargo, sí muestra un punto de lucidez y descubre aquello que la niña protagonista persigue durante toda la narración, el mundo de lo ideales. Pedro el joven es uno de los ejemplos más tristes del anciano abandonado a su suerte, hombre de campo, recio, duro, olvidado y perdido.

Dejamos para el final dos títulos representativos de Alfredo Gómez Cerdá, el primero *Sin billete de vuelta* (1994) es un título metafórico que alude al último viaje de sus personajes, unos ancianos que, en la Estación de Sants de Barcelona, desgranar sus historias, cómo fueron, qué ilusiones tenían y cómo son ahora. Ante la mirada emocionada del autor desfilan Darío, Martín, Rafael, Tiquio, Damián y Matías. Ancianos que en su día fueron jóvenes, que tuvieron ganas de hacer cosas, de llevar a cabo empresas,



ancianos que han renunciado a muchas empresas por los demás y que poco están recibiendo a cambio, ancianos que son el reflejo de lo que seremos también nosotros.

La última campanada (2000) es otro título del autor madrileño que queremos tratar y lo hemos dejado para el final de esta exposición porque, en la novela, se hermanan, precisamente, como dijimos antes, la juventud y la vejez. Hugo es un joven que saca notas muy malas, que no encuentra un sitio en la vida y que, en unas vacaciones de Navidad, decide aceptar el trabajo de aprendiz, en contra de la opinión de su familia, en el taller de un viejo relojero, Enrique Ginestal. Esta decisión aparentemente absurda de Hugo será su salvación porque va a aprender, y con él los lectores, a conocer a un anciano, a valorarlo, a saber de sus defectos y necesidades y a quererlo; hasta tal punto que se implica con él en una aventura quimérica y apasionada. Un grupo de ancianos, hartos de no se los tenga en cuenta para nada en esta época nuestra, deciden boicotear las campanadas de fin de año y lo hacen con absoluta maestría y empecinamiento, sin fallos ni errores. En esta última campanada simbólica está, precisamente, la edad y la experiencia de los ancianos que, como una campana potente, no dejará de sonar.

Conclusiones

Dado que la lista que hemos comentado de títulos no es exhaustiva, las conclusiones tampoco lo serán, pero, después de haber leído y de haber comentado lo anterior, podemos comentar lo siguiente:

- No hay diferencia entre los ancianos de distintas culturas, la única diferencia la marca la sociedad. En el mundo occidental el anciano está más relegado, en cambio en el mundo oriental, por ejemplo, sigue teniendo un peso fundamental su opinión.
- El anciano, sobre todo, aporta la memoria colectiva. Gracias a él conocemos el pasado, lo que fue, tendemos puentes entre nuestro presente y nuestra historia. Interesa, en una palabra, conocer más el pasado que el futuro, porque el futuro sólo lo podremos construir si sabemos de nuestro pasado.
- El anciano también personifica la experiencia, el conocimiento, sobre todo, de profesiones desaparecidas, de aspectos que tienen que ver con la vida del campo, con el ciclo de la naturaleza.
- A menudo, en los ejemplos de historias que transcurren en España, los abuelos que han enviudado –son siempre hombres, pocas mujeres hemos visto– viven con su hija y su yerno y son el compañero de juegos ideal para el nieto al que ayudan en su formación y acompañan en su crecimiento.
- Pocos ancianos, en las novelas que se desarrollan en España, viven en su lugar de origen. Por distintas causas, la mayoría han sufrido desarraigo, ya sea de su pueblo o de su casa.
- No es difícil encontrar una alianza entre el anciano y el niño o joven porque todos se sienten marginados. El anciano porque ha acabado su vida activa y parece que ya no tenga nada que aportar y los niños y jóvenes porque aún no la han empezado y sus opiniones todavía no cuentan.
- Los abuelos tienen más tiempo, por lo tanto, también tienen la paciencia necesaria y el distanciamiento que da el paso del tiempo para colocar cada cosa en su sitio.
- A menudo también los abuelos protegen a sus nietos y aceptan haber cometido alguna travesura para evitarles problemas, eso, por supuesto, refuerza la alianza.





- También se alude a abuelos que viven solos, que tienen mucho que ofrecer, pero que a veces desconfían de la gente, hasta que encuentran a un niño o a un joven con quien aprender a reconciliarse con la vida o viceversa, puede que sea el niño o el joven quien aprenden a ocupar su lugar en la vida gracias al ejemplo del anciano.

En suma, la presencia del anciano, en la literatura infantil y juvenil española de los últimos 15 o 20 años es positiva; en todo caso no se cuestiona el papel del anciano, su rol por así decirlo, sino el empecinamiento de la sociedad en olvidarse de que existe, en ignorar su voz, sus consejos y su sabiduría que es, precisamente, lo que recupera la literatura que hemos tratado aquí.

Sin duda, este no es un tema cerrado ya que sólo hemos hecho una aproximación basándonos en cuatro autores representativos, pero, por supuesto, hay otras muchas obras y otros muchos autores que, por suerte, escogen como personajes a ancianos y ancianas para situarlos en el lugar que les corresponde, porque ellos tienen un sitio en esta sociedad y bueno es que la literatura infantil y juvenil lo recuerde.

Notas:

1. Citado en Anabel Sáiz Ripoll: "Pilar Mateos: seres cotidianos y mágicos", *CLIJ*, 11, pp. 7-17.
2. En carta.

Bibliografía:

Sáiz Ripoll, Anabel:

"Alfredo Gómez Cerdá o la aventura de escribir", *CLIJ*, Barcelona, año 8, nº 70, marzo 1995, pp. 44-52.

"Pilar Mateos: seres cotidianos y mágicos", *CLIJ*, Barcelona, año 11, nº 111, diciembre 1998, pp. 7-17.

"Jordi Sierra i Fabra, la pasión por la escritura", *CLIJ*, Barcelona, año 12, nº 114, marzo 1999, pp. 7-17.

"Una literatura sin concesiones. La obra de Concha López Narváez", *CLIJ*, Barcelona, año 14, nº 134, enero 2001, pp. 7-25.

"Juan Fariás, el maravilloso mundo de lo cotidiano", *CLIJ*, Barcelona. año 14, nº 140, julio-agosto 2001, pp. 7-23.

"La superación de las limitaciones: la literatura infantil y juvenil de Mercedes Neuschäfer-Carlón", *Lazarillo*, nº 4, año 2001, pp. 35-44.

"La novedad variada de Alfredo Gómez Cerdá", *Alacena*, Madrid, nº 34, verano 1999, pp. 6-10.

"La voz de Manolito, sí Gafotas", *Platero*, Oviedo, año XIII, nº 107, marzo 1999, pp. 19-24